Un Creador Infatigable

Por Angel Rama

Quizás lo que más admirara en Enrique Amorim fuera su nervioso, desorbitado fervor por la cultura viva, de donde le venía la curiosidad inquieta por todo, su vocación peleadora. Y, justamente, su devoción por la creación literaria que le hizo vivir aferrado a su telar: "la primera ley del creador, crear. Bufe el eunuco" pudo decir también él. Siempre, incluso en sus más duros años de enfermedad, en que arrojaba de sí libros, uno tras otro, casi sin corregirlos, sospechando en su fuero íntimo que eran los últimos.

En una crónica de **El Popular**, Ariel Badano se refiere a sus últimos escritos —poemas disparados como balas— y agrega: **"Ha dejado también una novela terminada aunque nadie sabe decirnos su título definitivo. Amigos abnegados procedían a pasar su texto en limpio, cuando sobrevino su fallecimiento"**. Por su parte Silva Delgado dice en el artículo que publicamos: "**Quedan para ediciones póstumas algunos cuentos, de tono muy particular y cuya publicación lo hacía vacilar y, casi seguramente, una nueva novela"**.

En este momento, que no es todavía el de la revisión crítica, sino el del homenaje a sus mejores condiciones, cábeme ser testigo de sus últimos entusiasmos creadores y pienso que es un deber documentarlo aquí a modo de agradecimiento a esa ejemplar conducta de escritor.

Porque esa novela de la que "nadie sabe decirnos su título definitivo", se llama **Eva Burgos** y Amorim la escribió respondiendo entusiastamente a mi premioso requerimiento. Había terminado la corrección de los poemas de su libro **Mi patria**; ya había dado la orden de publicación para sus páginas en prosa **Los pájaros y los hombres**; codiciaba un ejemplar de la traducción francesa de **La carreta** que acababa de aparecer en la colección de Gallimard dirigida por Caillois en traducción de Francis de Miomandre; preparaba una breve colección de cuentos para los "Cuadernos del Instituto Amigos del Libro Argentino" que los anunciaba bajo el título **Temas de amor** —"**diez cuentos míos**, me escribía, **muy salidos de tono y muy agudos y muy de mi gusto"**—, cuando yo irrumpí en ese más que [illegible] nefelibata, ardiente laboratorio de "Las Nubes", pidiéndole una novela corta para una colección de letras uruguayas que venía preparando.

Estoy seguro de que si su respuesta fue tan rápida y entusiasta se debió, más que a mi personal requerimiento, a que en ese momento necesitaba un motivo nuevo para trabajar. Así, sin cesar, atando una obra con otra, reproche vivo a la pasividad haragana del uruguayo que él llegó a atribuir al "mate colonizador" y que exasperara siempre su naturaleza de "activista".

El 3 de junio pasado, en una carta, recordaba cuántas veces había abogado él "**por la idea urgente y patriótica de tener una editorial**", problema que él había encarado —bien—, "**como algo que las generaciones futuras nos reprocharían**". Encaramos la publicación de un libro que me interesaba sobremanera. Se llamaba **El ladero** y él lo definía como "**una rara novela a pesar de su nombre pues es un largo monólogo que despista al comienzo con dos personajes que son uno solo**". No llegó a escribirla.

Ya al día *siguiente* —¡qué amigo de Amorim no conoce estas cartas sucesivas y explosivas con las cuales él estaba presente, contradictoriamente, en todos los ambientes montevideanos!— se reconocía menos capaz del duro esfuerzo a que su ambición lo llevaba: "**Si no termino "El ladero", le daré cuentos. La novela requiere más salud...**" y los puntos suspensivos recién ahora cobran su entera, pudorosa verdad.

En junio 29 ya estaba trabajando con todas sus lámparas encendidas en otra novela, —yo insistía en reclamarle ese género que él había celebrado en una recordable página perogrullesca— retomando un viejo tema: "**De una heroína moderna trata "El sexto sentido", que es el título (aún tímido) de mi novela en el telar... Haciéndome el Moravia de "La romana", me gusta escribir o proseguir con "El sexto sentido". Es una novela que hace años me anda en la cabeza... Novela nutrida, nada larga y bastante diferente a todo lo que he hecho... Es nivola como diría Unamuno. Intencionada pero poética**".

Jubiloso, también furioso, me anunciaba a 7 de julio: "**Ayer terminé la nouvelle ó nivola para complacer al finau Unamuno... "Eva Burgos" es el título que puede caberle a la nivola. No sé qué me parecerá al verla copiada en otros caracteres. Cuestión de días. No bien la tenga se la envío**".

Con ese sentido profesional de la literatura, tan poco usual en estas tierras de "amateurismo orgulloso", esa preocupación sana por el lector a quien se dirige, se esforzaba por demostrar a este improvisado editor la conveniencia publicitaria de su tema: "**...quiénes leen en América Latina y qué se lee?... A mi modo de ver ha leído casi siempre, más la mujer que el hombre. Y, por cierto que esta peregrina (?) conclusión surge de que interesan más las heroínas que los héroes. Menos aún los ambientes. Sí los conflictos**", y pasaba a historiar los grandes éxitos de librería desde María de Jorge Isaacs hasta **Nacha Regules** de Gálvez y Lauracha de Cione "**y conste que no hablaré de calidades**". Posteriormente volvía sobre el tema en esa sucesión epistolar en la que uno siempre quedaba retrasado para su mayor furia: "**Ya tendrá mi carta sobre lo que se ha vendido realmente en América Latina. Mala o buena literatura, no es casual lo que señalo. Doña Bárbara o Adriana Zumarán o Nacha Regules, todas favorecidas por la prensa grande**".

Estas condiciones de trabajador encarnizado, de creyente fervoroso en la literatura y el arte, de hombre afanoso por el mejor destino de su patria cultural, —condiciones por las que debe admirársele por encima de cualquier discrepancia— son las que testimonian estos párrafos transcriptos de sus últimas cartas. Creo que Amorim me perdonaría esta infidencia. Porque hoy él y sus escritos no pertenecen ya a sus amigos o admiradores, sino al país, por el cual, con la mano en el corazón, podía decir que había hecho mucho y bueno. Este país donde nació y creó, este Uruguay que él quiso desvelar, y que tiene una larga deuda que comenzar a saldar.

Vida y Literatura

(Viene de la Pág. anterior)

rrera con la muerte que venía disputando desde hace cinco años, si la muerte le hubiera dado alguna ventaja, se habría concretado seguramente esto que, en cierto modo, ya lo tenía en su propia casa.

Desde su fundación apoyó a la Asociación Cultural Horacio Quiroga y al Taller de Artes Plásticas "Pedro Figari" y fue su palabra y su acción lo que mantuvo a esas instituciones en los inevitables instantes críticos. Instituyó el premio "Ciudad de Salto" que se otorgó una vez y quiso que el concurso literario se realizara nuevamente en el corriente año, para lo cual ya había dispuesto todo lo necesario. Distribuyó entre jóvenes y artistas y escritores una ayuda material tan eficaz como silenciosa. Y los diarios, como es notorio, lo contaron como un colaborador incansable, ya sea con artículos o poemas o, con frecuencia, a través de cartas, en las cuales nada le era ajeno y todo le apasionaba en un afán constructivo inagotable.

Vaya dicho esto como testimonio, tan necesario, de que Amorim tuvo raíces porfundas en su comarca y si le "dolía" su país —en el sentido de Unamuno—, también le dolía el pequeño mundo provinciano de su ciudad natal para la cual su vida diaria, sus ruedas de amigos, sus discusiones, han sido un fermento constante, un impulso siempre apasionado y sincero de progreso.

Se ha deslizado la palabra "testimonio". Y allí debe quedar, ahora que Amorim ha muerto. El gran escritor ya no pertenece al círculo de sus amigos, sino a la historia de la cultura. Lo que podríamos decir los amigos, ya fue dicho por Jesualdo y por César Fernández Moreno, desde dos puntos de vista, en dos tonos aparentemente distintos, pero con el mismo desgarramiento que se nos hizo tangible esa tarde invernal en el viejo cementerio de Salto.

Y Amorim no quiso, sin duda, que a su muerte sólo quedara el testimonio de los amigos. Desde que la enfermedad lo redujera al forzado exilio de "Las Nubes", preparó en cierto modo su encuentro con la historia. "**Hoy subí a la biblioteca, no te imaginas lo que hay allí**"; "**hoy estuve revolviendo papeles, fijate en esta carta de Gálvez...**"; "**hoy encontré las cartas de Quiroga, voy a escribir la verdad para que se dejen de tonterías**"; "**esta carta de la madre de Borges te explica el poema que salió en "Atlántida" y que me dejó tan mal**": cada día, una de esas frases revelaba que había vuelto al mundo de los papeles viejos y desde ellos revisaba su propia vida. Estaba en esa actitud desde 1954, desde que escribió "Crepúsculo en el río" y dijo: "**Todo está dicho, sí... Vuelve a tu casa, ordena tu descanso...**"

Por eso creemos que el orden impera en su archivo, en su biblioteca, en sus manuscritos, en su correspondencia. Alguna vez pensó en escribir sus memorias, insistentemente. Fue por la época en que escribió **La desembocadura**, cuyos aspectos fantásticos no dejan de encubrir claros indicios autobiográficos. No sé si la intención primera, como era frecuente en él, se deslizó hacia una nueva novela o si, en realidad, han quedado páginas inéditas de las memorias que, de todos modos y de acuerdo a sus manifestaciones, hubiera sido, forzosamente, una obra póstuma. Pero, sin lugar a dudas, su último quehacer fue la poesía: el poema a Fidel Castro, leído en el acto público programado para recibir en Salto al embajador de Cuba y que se llevó a cabo igualmente sin la presencia del embajador y "Las tres gracias" que según nos dice Ariel Badano enviara para ser publicada en "El Popular". Quedan para ediciones póstumas algunos cuentos, de tono muy particular y cuya publicación lo hacía vacilar y, casi seguramente, una nueva novela. No es este, sin duda, el momento adecuado para confirmar lo que el tiempo necesariamente revelará.

No es posible, en medio del desorden de la emoción y del dolor, dar una imagen exacta del escritor y del hombre. Por eso estas páginas que quisieran resumir un capítulo de las letras nacionales, se han hecho interminables y erráticas. Ya vendrá la investigación depuradora, el análisis crítico, la valoración ineludible. Quede lo dicho como una convicción arraigada de que, en ese entonces, Enrique Amorim ocupará, sin esfuerzo, el lugar que le corresponde entre los grandes narradores de esta tierra, junto a Acevedo Díaz, junto a Reyles y —claro está— junto al hermano Quiroga, forjado, como él, de la sustancia de este cielo de Salto, que es un anticipo de la Eternidad.

CARTERAS

Arreglos
Reformas
Teñidos
de Calidad

VENTA Y REPARACION

DE TODO ARTICULO DE CUERO "SIMARC"

MERCEDES 1626
Teléf. Prov.: 40 64 14

Vidriera Montevideana

JEAN PAUL SARTRE. — MARTIN HEIDEGGER. — SOBRE EL HUMANISMO. — Buenos Aires, Sur, 1960. 121 ps.

Oportunamente colecciona Sur en un libro el ensayo de Sartre, ya agotado, **El existencialismo es un humanismo**, y la carta de Heidegger a Jean Beaufret en que revisa su filosofía desde el mismo ángulo humanista, analizando la significación de su obra mayor **Ser y tiempo**. Las traducciones son de Victoria Prati de Fernández y Alberto Wagner de Reyna, respectivamente.

LEON DE PALLEJA. — DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY. — Montevideo, Biblioteca Artigas, 1960. 2 tomos, 380 y 390 ps.

La Biblioteca Artigas ha publicado los tomos 29 y 30, con la colección de artículos que el coronel Palleja escribiera historiando día a día las actividades de la fuerza expedicionaria uruguaya que combatiera en el Paraguay hasta la batalla de Boquerón en que muere el autor. La obra ha sido prologada por Eduardo de Salterain y Herrera.

MAX SCHELER. — AMOR Y CONOCIMIENTO. — Buenos Aires, Sur, 1960. 186 ps.

Incluye cinco ensayos de distintas fechas, en traducción de Angskar Klein. Al que da título al libro, siguen: El sentido del sufrimiento: La traición a la alegría; Cristianismo oriental y occidental; Trabajo y ética.

ALBERTO GIRRI. — LA CONDICION NECESARIA. — Buenos Aires, Sur, 1960. 72 ps.

Un nuevo libro de poesías de Girri en que el poeta reflexiona religiosamente sobre la vida a partir de un versículo de San Pablo. Incluye al final traducciones de Hopkins, Eliot y Williams.

JUAN GOYTISOLO. — PARA VIVIR AQUI. — Buenos Aires, Sur, 1960. 198 ps.

Ocho relatos sobre España que Goytisolo ha escrito en París y que sólo pueden publicarse fuera de España.

ERCOLE PATTI. — UN AMOR EN ROMA. — Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1960. 167 ps.

La obra del novelista italiano, publicada originariamente en 1956, intenta trazar una historia de "educación sentimental" en un sórdido ambiente romano.

RAUL LARRA. — PAYRO, EL NOVELISTA DE LA DEMOCRACIA. — Buenos Aires, La Mandrágora, 1960. 283 ps.

Es la tercera edición de un estudio panorámico, de un ejercicio de atención profunda hacia el autor de **Pago chico**, que no ha tenido competencia de la crítica y sigue siendo libro de consulta obligada por los lectores y admiradores de Payró.

● **En un próximo número publicaremos un artículo del crítico Ricardo Latcham sobre Enrique Amorim, de quien fuera amigo y crítico más de treinta años.**

¡5.000 LIBROS BARATOS!

LIBRERIA ALFA LE OFRECE MAGNIFICAS OCASIONES EN LOS MAS VARIADOS TEMAS:

Novelas, estudios literarios, filosofía, historia, música, ciencias.

¡NO SON SALDOS!
¡SON LIBROS BARATOS!

●

Visite

Librería ALFA

CIUDADELA 1389
(Frente a la Caja Nacional)